



UN ESCRITOR EN GUERRA. VASILI GROSSMAN EN EL EJÉRCITO ROJO, 1941-1945

A. Beevor y L. Vinogradova, (eds.)
Barcelona, Crítica, 2006, 479 pp.

En *Un escritor en guerra. Vasili Grossman en el Ejército Rojo, 1941-1945* Anthony Beevor y Luba Vinogradova, sus editores, recogen las notas periodísticas del escritor ucranio durante la II Guerra Mundial como corresponsal especial del diario *Estrella Roja*.

Los ejes principales de la obra, tal como se destaca en el título, son el escritor y la guerra. La labor periodística de Vasili Grossman en el frente se encamina a recoger los distintos detalles de la realidad cotidiana en un tiempo excepcional. La curiosidad es constante en la labor de Grossman, de ahí que declare “me gusta estudiar la vida” (p.15). Por ello, el testimonio del escritor que “conoce el alma de la gente” (p.33) no se resguarda de la barbarie al describir “la imagen de (la ciudad) de Gomel ardiendo en los ojos de una vaca” (p.38), “la pena de los bielorrusos es sosegada y negra” (p.55) o “la pobreza negra y horrible” (p.82). En este sentido, los editores opinan que “Grossman no era un observador desapasionado. La eficacia de sus escritos

provenía de su propia respuesta emocional” (p.15). Esta condición se refleja asimismo en la preocupación que el escritor siente por el paradero de su madre en la ciudad natal de Berdichev. Así se plasma en dos cartas póstumas recogidas en la obra y, señaladamente, en la encarnación literaria de su madre en el personaje de *Anna Shtrum* que Grossman realiza en su novela *Vida y Destino*.

A tenor de las crónicas en el libro recogidas, acaso sea “escritor”, sin mayor especificación, el término que mejor defina a Grossman. No sólo despliega en el frente bélico su oficio de reportero sino que está presente en su novelística, anticipando contenidos y personajes de *El Pueblo Inmortal* o *Vida y Destino*, recogiendo alusiones a distintas obras (*Anna Karenina*, *Resurrección*, *Humillados y Ofendidos* o *Guerra y Paz*) y escritores (Tolstoi, Dostoievski, Ehrenburg, Sholojov o Platonov).

Cabe apreciar, de igual modo, al escritor en su ámbito moral. Grossman es descrito por los editores del libro como perteneciente a la élite ilustrada judía de Berdichev. Su adscripción judía no se manifiesta como sentimiento religioso sino en tanto que dimensión moral; así se atestigua en su artículo “El Infierno de Treblinka” (p. 348-375), en su participación en el Comité Antifascista Judío (relatado en el Epílogo) o en sentencias que reflejan el

dramatismo de la situación de los judíos: “no quedan judíos en Ucrania” (p.311).

Como quedó expresado, la guerra es el segundo tema sobre el que se desarrolla la obra, acomodándose dos narraciones superpuestas: la trama periodística de Grossman y, por otra parte, la narración de los editores. Ésta dota de un contexto más amplio a los sucesos de la guerra, prelude las sucesivas intervenciones de Grossman y aporta, incluso, su propia valoración. Tal es el caso de los siguientes asertos: “Stalin no reaccionó frente al desastre del frente de Briansk” (p.85) o “En los cuadernos de notas de Grossman no se menciona —el trágico y desesperado heroísmo del levantamiento de Varsovia—, lo que podría reflejar la censura total impuesta por las autoridades soviéticas” (p.379).

En la descripción de dichos sucesos, Grossman refleja la “terrible excitación de la batalla” (p.308), así como la evolución de las hostilidades en los distintos frentes a los que es destinado (Gomel, Stalingrado —“una academia de combate” (p.201)—, Kursk o Berlín, entre otros). Trata igualmente de revelar “la verdad despiadada de la guerra” (p.150), con la concurrencia de episodios referidos a las dudas sobre la existencia de Dios (p.57), los rumores inducidos por el pánico (p.82), la moral del ejército (p.107), el reconocimiento de la Iglesia ortodoxa (p.109), el peligro del alcohol (p.110) o el canto de *La Pañoleta Azul* (p.235).

Merece reseñarse asimismo la comparación de un mismo lugar (Orel) en dos instantes distintos; octubre de 1941, conquista por los alemanes, y su liberación en agosto de 1943 (p.300).

Como complemento a los dos elementos analizados (el escritor y la guerra), cabe aludir a una tercera presencia, la Unión Soviética, que determina el carácter de las reflexiones de Vasili Grossman.

La URSS, como sujeto estatal en guerra, se

afianza progresivamente a lo largo del conflicto mediante la confianza que en el sistema han depositado sus pobladores así como por las experiencias históricas de Stalingrado o Kursk. Tales batallas, y por extensión la *Gran Guerra Patria*, no son hechos fundacionales para la *sovietidad*, surgida de la Revolución de Octubre como mística y como modelo político. No obstante, la relevancia de tales batallas es manifiesta en la consolidación del estado y, de hecho, persiste en el imaginario colectivo tras la desaparición de la URSS en una fecha muy posterior (1991). Grossman, incluso, “creía apasionadamente que el heroísmo del Ejército Rojo en Stalingrado serviría no sólo para ganar la guerra sino también para cambiar definitivamente la sociedad soviética” (p.18).

Sin embargo, Vasili Grossman presagia el alejamiento de los principios revolucionarios por parte de las autoridades soviéticas; Beevor y Vinogradova arguyen que Grossman no era “nada proclive al estalinismo pero estaba convencido de que sólo el comunismo soviético podría hacer frente a la amenaza del fascismo y el antisemitismo” (p.10). Todo ello, además, en un tiempo de guerra cuyo carácter excepcional trasluce la fe del pueblo en tales principios y en la cohesión estatal. “¡Sirvo a la Unión Soviética! Es la internacional obrera en guerra”, testimonia Grossman (p.144)

En los escritos de Vasili Grossman se percibe que la excepcionalidad de la guerra se adueña paulatinamente de la vida cotidiana y por eso confirma que durante la guerra es como si nunca hubiera existido otro tipo de vida” (p.155). La guerra recubre todo y, desde la guerra, sustancia total de la experiencia vivida y relatada por el escritor ucranio entre 1941 y 1945, cabe evocar la paz. La paz prebélica, como *desideratum* lejano ya en la memoria y contrapuesto a la paz posterior a 1945. Precisamente, este instante posbéli-

co, tiempo de “la enormidad de la victoria” (p.415), precipita su ostracismo como no-persona (p.429) y, a la postre, como no-escritor en el Estado estalinista.

Ilya Ehrenburg declaró que “Grossman se encontró a sí mismo como escritor durante la guerra” (p.96). La lectura de *Un Escritor en Guerra. Vasili Grossman en el Ejército Rojo, 1941-1945* no sólo permite coincidir con Ehrenburg sino que posa en el vacío el interrogante que se hace Grossman –“¿por

qué necesitan los alemanes esta guerra?” (p.417)-, una vez que la guerra, cualquier guerra, está a punto de finalizar y es tiempo de reflexión, no de poesía.

JUAN IGNACIO TORRES MONTESINOS
Universidad de Granada